

—¿Contigo?—exclamó Luis.—Entonces será con tu consentimiento, porque él no hace más que lo que tú quieres.

—Generalmente me trata como niña mimada, pero cuando existen razones graves... ¿Y qué puede haber más grave que lo que nos ha sucedido? Se dice que tú no salías de esta casa... Se divulga la espantosa escena ocurrida en casa de Lereboulley. ¿Quién la divulga? Emilia sin duda, porque ni tu mujer, ni Thauziat, ni Lereboulley han hablado. Ya sabes cuánto me envidian todas las mujeres feas y ridículas. He recibido afrentas... No puedo entrar en un salón sin miedo... Todo esto lo sufro por tí... no me quejo... pero tú haz por tu parte lo que puedas para evitarme estos dolores.

Le había obligado á sentarse á su lado en el diván, y acurrucada contra él, le enlazaba con su brazo blanco que salía de una ancha bata de satin color de rosa seca, sujeta á la cintura por un cordón de oro, apoyaba su cabeza hermosísima en el pecho de Luis y con sus labios sonrientes parecía pedir un beso al que se sustraía, siempre que la boca ardiente del joven se acercaba á la suya. Con su aliento le envolvía en el cálido perfume que se desprendía de su cuerpo flexible; y ardiente para excitar su deseo, pasaba de la ternura al encogimiento y de la alegría al dolor, con una habilidad y una prontitud que hacían de ella diez mujeres en una sola.

Él, abrasado por sus miradas, embriagado por sus sonrisas, la había cogido por la cintura y la

retenía en sus brazos. Presa de su fiebre apasionada no veía más que á Diana. El recuerdo de las voluptuosidades pasadas se combinaba con la esperanza de otras nuevas. Deseaba aquella peregrina hermosura, pensaba que había pasado una semana lejos de ella, se admiraba de haber podido resignarse y no pensaba más que en sacrificar todo lo del mundo por conseguirla.

Entonces, con palabras dulces y amorosas ternuras, Diana procuraba convencerle de que llevar á Elena al baile que proyectaba era un sacrificio muy pequeño. Bastaría que diese una vuelta por los salones, que se la viese y nada más. Después, aunque las gentes dijeran lo que quisieran, se podría responder: «La prueba de que Luis Hérault no es el amante de la señora de Olifaunt es que la señora de Hérault va á su casa.» Seguramente que Elena tendría que humillar un poco su orgullo, pero ¿qué mal había en que la concediese esta pequeña reparación después del ultraje que la había hecho? Y estos pérfidos razonamientos eran seguidos de tantos besos, que Luis se dejó convencer y juró conseguir que su mujer le acompañase.

Su cobardía fué recompensada con los transportes más apasionados. Diana llegó hasta derramar lágrimas de gozo al pensar en el desquite que iba á obtener de Elena. Repetía á Luis «te amo» con una sinceridad que nacía de un odio feroz. Él, en medio de aquellos transportes, no pensaba en la infamia de la promesa que había hecho, ni en la afrenta que iba á sufrir su mujer, ni en su complicidad en esta infamia. Todo lo subordinaba á su

capricho. Con tal de satisfacerlo, ¿qué importaba cómo, ni á qué precio?

Aquella tarde faltó en su casa á la hora de comer por primera vez desde la enfermedad de Elena y el día siguiente se presentó frío y reservado como tenía por costumbre desde hacia mucho tiempo. Sin embargo, para Elena, que tan bien le conocía, no tenía el rostro de siempre. Una preocupación cuidadosamente oculta le agitaba. La esposa trató en vano de adivinar lo que pasaba en aquel corazón entonces encerrado para ella. Emilia no pudo responder á las ansiosas preguntas de Elena, pero ésta no tardó en saber lo que aquello significaba.

Una mañana, abriendo las cartas, encontró entre ellas una invitación que decía así: «Sir James Olifaunt, baronnet, y la señora de Olifaunt, tienen el honor de invitar al señor y á la señora de Héroult al baile...»

La esposa no quiso leer más. Si en la tarjeta hubiera dicho: «Elena Héroult es la esclava de la señora de Olifaunt y podrá ser impunemente escarnecida, insultada y torturada por ella» no hubiera experimentado mayor pena. No oyó á Luis que entraba y se acercaba al sillón en que estaba sentada, sin salir de su estupor.

—¿Qué tienes?—preguntó él.

Ella levantó la cabeza, dirigió á su marido una triste mirada y sin hablar le enseñó la tarjeta. Luis se estremeció, sus labios se pusieron lívidos y bajó los ojos. Una violenta angustia le oprimió el corazón, pero no retrocedió ante la vergüenza del com-

promiso que había aceptado. Examinó la esquila y dijo ligeramente:

—Es una invitación de los Olifaunt. Había olvidado hablarte de ello.

—¿Luego sabías que debíamos recibirla?

Contestó audazmente que sí... Aquel sér débil se volvía implacable cuando había tomado una resolución. Elena se estremeció oyendo aquella afirmación categórica. Se vió abandonada y sacrificada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, quiso proseguir su indagatoria moral.

—Supongo que no habrás ofrecido que iríamos.

Murmuró estas palabras en voz tan suplicante como pidiendo gracia, que hubiera enternecido á un verdugo, pero tenía que habérselas con su marido.

—Hubiera deseado no ir y, sobre todo, ahorrar-te la molestia de acompañarme—dijo—; pero he tenido que ceder á consideraciones muy especiales y muy graves y lo he prometido.

—¿Pero tú sabes lo que se dice de esa mujer?—preguntó Elena dulcemente.

—Se dicen tantas cosas y generalmente tan estúpidas y tan infames, que no hay que hacer caso de ellas. La señora de Olifaunt es recibida en todas partes.

—Pero nadie va á su casa...

—Porque no ha habido ocasión. Hasta ahora no ha recibido más que á sus íntimos.

—Entre los cuales te encuentras tú.

—Sí y me felicito de ello, porque es una mujer muy agradable y muy adicta á sus amigos.

—Y á sus amantes.

—¡Elena!

Por vivas gradaciones, el tono de los dos esposos se había ido elevando á medida que sus palabras se hacian más ásperas. Contaminada de la violencia con que Luis trataba de dominarla, Elena se había erguido temblando de indignación. Una rabia sorda le sugería palabras agresivas y experimentaba un amargo placer en devolver golpe por golpe en aquel atroz combate. Dió algunos pasos y luego exclamó con una firmeza inusitada para su marido.

—Escucha, Luis. Nos encontramos en uno de los momentos más graves de nuestra existencia y conviene no proceder á la ligera y hablar con claridad. Házme la justicia de confesar que hasta ahora no te he dado una queja y eso que tenía motivo. Me has engañado y nada te he dicho; has acumulado mentira sobre mentira y nada te he dicho; me has expuesto á torturas morales que me han ocasionado una enfermedad y hubieran podido costar la vida á nuestro hijo y tampoco te he dicho nada. Pero hoy, para contribuir al éxito de tu querida, para adornar su triunfo, quieres obligarme á seguirte, á escoltarla como una amiga complaciente. Contra esto me sublevo. He soportado el pesar, no aceptaré la abyección. Las lágrimas, en buen hora, el fango, jamás.

—¿Quién habla de triunfo, ni en qué consiste la abyección?—respondió Luis con voz entrecortada porque la resistencia que encontraba era ruda y él no tenía carácter para luchar mucho tiempo—. Se

trata sencillamente de estar un cuarto de hora en un salón, donde verás reunida la mejor sociedad de París.

—No serviré yo allí de espectáculo. Me niego á ser objeto de la curiosidad insolente de todos, no quiero exponerme á oír encarecer ó censurar la serenidad con que soporto la humillación que se me ha preparado.

—La humillación eres tú quien la hizo sufrir la otra noche en casa de Lereboulley. Quien fué objeto de curiosidad es la señora de Olifaunt cuando tú la ultrajaste delante de sus amigos y los nuestros. Tu presencia en su casa no tendrá más efecto que atenuar el daño que la hiciste y que no merecía. Porque tú la acusas sin pruebas. Hasta ahora he desdeñado defenderme, pero tengo que resignarme á hacerlo, puesto que tus celos son el único obstáculo á esta reparación necesaria.

—Y que te han impuesto, ¿no es verdad? Y en cambio de la cual serás adorado, y que tú eres bastante cruel para pedir y me crees bastante débil para conceder. Pues bien, desengáñate y no trates de engañarme más. Sé todo lo que necesito saber, no tengo sospechas, tengo certidumbre. Te he visto ir á tu cita. He tenido en la mano la carta en que te la daba. Por más que me sintiera cruelmente herida, he guardado silencio, no por temor, sino por cariño. Esperaba que viéndome padecer volverías en ti y vendrías á la que te ama realmente, á la que no ha amado ni amará nunca más que á ti. Pero en lugar de compadecerte te he alentado. La facilidad del mal te ha complacido y ahora pierdes

el sentido moral hasta el punto de pedirme que cubra con mi honradez á la que me ha robado tu cariño. Quieres que sirva de garantía á mi rival. ¿No te avergonzarás de que nos vean juntos y cogidas de las manos? Tu mujer, la que lleva tu nombre, la madre de tu hijo, al lado de esa bribona... Vamos, Luis, reflexiona, no me impongas el martirio de ver que persistes, á pesar de todo lo que te he dicho... ¿Te respetas tan poco? Vamos, dímelo todo. ¿Qué horrible compromiso has adquirido para no rendirte á mis razonamientos y ceder á mis ruegos? Pero, ¿de veras te has comprometido á llevarme?

Lívido, con las facciones descompuestas por el horror de aquel tormento, Luis no contestaba. No se atrevía á mirar á Elena; pálido, pero sin ceder, permanecía inmóvil con los ojos bajos, clavados en una flor de la alfombra. Elena, ahogándose por los violentos latidos de su corazón, con los labios temblorosos, pero dueña de su pensamiento, resuelta y con toda la fuerza de su voluntad, se acercó á él, le cogió la mano y le dijo con dulzura, obligándole á levantar los ojos:

—Luis, se trata de proteger la reputación de esa mujer y probar que no eres su amante, ¿no es verdad? ¿Te han tendido algún lazo? ¿No has podido rehusar y has jurado por tu honor que yo iría?

El débil esposo no pudo articular una palabra, y contestó afirmativamente con la cabeza.

—Está bien—dijo Elena—ni aun con esas gentes debes faltar á tu palabra: iré.

Entonces la miró y le pareció elevada á toda

su altura moral. No había en ella nada de exaltado, de violetno, de teatral: hacia el sacrificio de su dignidad de mujer con la tranquila abnegación de un alma maternal. Luis quiso hablar, las palabras se ahogaron en su garganta, tendió la mano como para pedir gracia, y cayendo en un sillón, prorrumpió en sollozos. Ella le miraba llorar con tristeza profunda y misericordiosa, y recordaba las palabras de Emilia: «Un niño, un verdadero niño.» Se acercó á él y enjugó cariñosamente las lágrimas que corrían por sus mejillas. Entonces, Luis, cogiendo una de sus manos, la llevó á sus labios con respetuoso cariño, exclamando:

—¡Oh! Soy cobarde y abominable, y tú la mejor y la más valiente de las mujeres. ¿Qué hay en mí que me atrae de este modo el vicio y no puedo sustraerme á él? Yo te amo con toda mi alma, te lo juro y bien lo sabes... A esa mujer la desprecio, hay momentos en que la odio y no puedo prescindir de ella. Me reprocho la infamia de mi conducta, quisiera arrodillarme á tus pies para que me perdonaras, y si me pidieras que jurara no volver á caer en mi locura, juraría en falso, porque comprendo que no podría hacerlo. Yo te lo suplico, tú que eres fuerte, arráncame á mí mismo, devuélveme el valor y la altivez. ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué me has dejado entregado á mí mismo de un año á esta parte? Yo no hubiera cometido todas esas faltas si tú hubieses estado á mi lado para dirigirme y defenderme. Yo soy un pobre desgraciado sin energía y sin honor; te he ultrajado á tí, criatura perfecta, y apenas me acu-

sas. ¡Ah! ¡Qué miserable y qué indigno de lástima soy! Abandóname. Quédate con mi santa abuela para que no muera sola, pero no sufras por más tiempo los tormentos que te impongo. Yo partiré y desapareceré.

Elena le miró con aire de reconvención.

—¿Y tu hijo?—preguntó—. ¿No piensas en él? ¡Ay! Prescindo de mí, y por amor á tí estoy dispuesta á hacer muchos sacrificios. Yo no era más que una pobre obrera que vivía en un cuartucho cuando tu abuela vino á cogerme de la mano para traerme á vuestra casa y tratarme como hija. No lo olvidaré nunca, y os pagaré en abnegación á ella y á tí mi deuda de gratitud. En rigor puedes dejarme y creer que has hecho bastante por mí dándome tu nombre, tu fortuna y un año de felicidad. Pero, ¿y tu hijo? Hablas de partir, de desaparecer, ¿crees haber ya cumplido con él? Piensa que un día le deberás ejemplo, y que no se prepara un padre de repente para esa tarea: es necesario emprenderla desde muy temprano. La madre no basta al hijo y el padre tiene muchos deberes que cumplir con él. Perdóname que te hable así. Tú no sabes cuánto te amo, ni qué sacrificios haría por corregirte. No te falta más que un poco de juicio, porque eres bueno y generoso. Prométeme que harás todo lo posible por resistir tus malos impulsos y que volverás á nosotros, que te amamos verdaderamente. ¡Seríamos tan felices!... ¡Ah! Luis, eso sería tan fácil, tan sencillo, tan dulce...

Luis escuchaba pensando que efectivamente sería dulce, sencillo, fácil, que no tendría que men-

tir, ni esconderse, ni vivir bajo la presión de un remordimiento continuo. Recordó los hermosos días de Boissise con su tranquila calma y su refrigerante frescura. ¿Quién le impedía volver á aquel tiempo en que era tan libre de voluntad y de corazón? ¿Por qué no había de marchar con Elena á Italia ó á España, á un país de sol, de cielo alegre, lejos de todas las intrigas y al abrigo de todas las tentaciones? Ya abría la boca para decir: «Marchemos», cuando se le aparecieron de repente los ojos azules, los labios sonrosados y los cabellos de oro de la hermosa inglesa, y este recuerdo hizo huir todos sus risueños y saludables pensamientos. Dejó oír su voz el orgullo: «¿Qué pensarán de tí? Parecerás un chiquillo que obedece cuando le riñen. Por una reprimenda de tu mujer te volverás sumiso y obediente. ¿No eres tú el amo? Eres un necio que te dejas dominar oyendo cuatro frases sobre la familia. ¿Acaso los hombres como tú se sujetan á otras reglas que las de su fantasía? ¿Son los lazos morales bastante fuertes para retenerte? ¿Eres tú como el común de los maridos dominados por principios infantiles? ¿O te cuentas entre los seres excepcionales que saben sustraerse á todas las trabas sociales?» En un momento se operó una evolución en su ánimo y se creyó cándido y tonto. Había estado á punto de ceder á mezquinas consideraciones vulgares. El demonio que llevaba en sí fué el más fuerte. Se sintió tan frío como antes se sentía inflamado, desapareció toda huella de remordimiento y no quedó en su corazón más que el deseo imperioso de satisfacer su capricho.

Sin embargo, no se atrevió á levantar tan pronto la cabeza. Cogió la mano de Elena, la estrechó y la llevó otra vez á sus labios. La esposa había seguido en el rostro de su marido el movimiento de sus ideas. Le vió poco á poco recobrar su tranquilidad helada, dejó pasar como vano ruido la palabras cariñosas que la dirigió antes de marcharse, y cuando quedó sola, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, lloró amargamente.

Desde entonces perdió la esperanza de reducir por su constante dulzura y su cariño inagotable al ingrato que la hacía traición, pero no se desanimó por eso ni cambió de actitud. Nunca estuvo más encantadora ni más tierna que en aquellos días de prueba. Había lanzado un reto al destino y quería luchar hasta el último extremo, desplegando tesoros de ingenio para gustar á su marido, para atraerle, para conservarle, haciéndose coqueta para seducirle y experimentando vivos movimientos de alegría cuando veía que lo lograba. Quería hacerle la casa agradable y que no tuviera ninguna excusa para alejarse de ella. Solamente no llegó á abrir su habitación á Luis. La victoria de un día hubiera sido pagada muy cara por el abandono del día siguiente. No podía admitir la idea de una participación. Quería de su marido todo ó nada. Entre tanto sabía aparentar con tal perfección que era dichosa, que la abuela, que vivía en comunidad completa con el joven matrimonio no sospechaba los graves desórdenes que lo perturbaban.

Desde la escena ocurrida entre ella y su marido, Elena no había vuelto á hablar del baile de la se-

ñora de Olifaunt. Esperaba que en el último momento Luis sentiría vergüenza y resolvería no asistir, pero si en él no se producía este movimiento de dignidad estaba resuelta á acompañarle. Había decidido ser heroica; sin embargo, preguntó á Emilia si tenía invitación.

—Sí—respondió la señorita de Lereboulley—Diana se ha empeñado absolutamente en que esa noche haya en su casa una mujer honrada.

—Habrá dos: usted y yo.

Emilia frunció las cejas, con una ligera exclamación de sorpresa, y miró fijamente á Elena como si quisiera leer hasta en el fondo de su alma.

El día siguiente, en un salón, Thauziat se acercó á Elena, y después de cambiar con ella algunas frases sin importancia, la dijo de repente:

—¿Es verdad que va usted mañana á casa de la señora de Olifaunt?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque ella lo propala.

—¿Es tan glorioso para ella?

—Mucho.

—Tanto mejor para ella. Yo doy á este acto poca importancia.

—¿No está usted celosa?

—No lo estoy ya.

Se puso un poco pálida y añadió con risa forzada:

—La costumbre fatiga el espíritu.

Él la miró fijamente, y dijo con dulce gravedad:

—La compadezco á usted con toda mi alma.

Elena levantó la cabeza y le dijo casi brutalmente:

—Está usted dispensado de hacerlo. Ni quiero compasión, ni necesito consuelo.

Thauziat replicó:

—No puede usted impedirme que crea que el destino es injusto con usted y que desee su felicidad, aunque yo haya de padecer. Yo no he cambiado, bien lo sabe usted; hay hombres que son fieles á su amor.

Elena le miró orgullosamente.

—¿Qué espera usted?—preguntó.

—Nada. Pero la amo á usted y la sigo en la vida, porque encuentro una dicha en verla y oirla. La compadezco, porque soporta usted la desgracia con valor admirable, y quisiera impedirle cometer locuras heróicas que no desarmarán á aquel por quien usted las hace, y que perjudicarán á usted á los ojos del mundo. En la lucha que usted ha emprendido, será cruelmente desgarrada, porque las armas no son iguales. Los adversarios de usted van acorazados de indiferencia ó de maldad, usted lleva los brazos abiertos y el corazón desnudo. Ellos son hipócritas y felones: usted franca y leal. No puede usted menos de ser vencida.

Se detuvo sin atreverse á hablar, como temeroso de pronunciar su propia sentencia. Sin embargo, Elena adivinó que no lo había dicho todo y le dirigió una mirada suplicante. El la comprendió y continuó:

—Usted no conoce á su marido y desde el primer día ha emprendido mal camino con él. Es de esos hombres que no quieren y estiman más que á los que les resisten. Usted ha sido dulce y buena, y la

ha martirizado... Era inevitable. Aun es tiempo: sea usted implacable y violenta. Y desde luego niéguese usted á humillarse delante de su rival.

Movió la digna mujer melancólicamente la cabeza.

—¿No quiere usted? Entonces no hay remedio. No olvide usted que he tenido la honradez de darle este consejo, y crea usted que siempre tendrá en mí un amigo apasionado.

Dejó escapar un suspiro, inclinó la cabeza y se alejó.

Elena entró en su casa sombría y preocupada. La mañana del funesto día, Luis se mostró nervioso, hablando con afectada jovialidad. No reparó en la gravedad triste de su mujer; pasó todo el día en sus oficinas de San Dionisio y volvió justamente á la hora de comer. Terminada la comida dijo á su mujer en tono breve:

—Nos iremos á las once, ¿no es eso?

Ella contestó lacónicamente:

—Sí.

Estaba perdida toda esperanza de un buen movimiento. Elena con la señora de Hérault se fué á su cuarto y jugó un momento con su hijo. Allí se sintió invadida por una tristeza tal, que no pudo contener las lágrimas. La abuela asustada la interrogó; pero se negó á contestar. Su pena era suya y nada más que suya. Estaba enamorada y celosa. Se repuso pronto y comenzó á vestirse delante de la anciana un tanto inquieta. A las once estaba lista. No quiso bajar al salón como tenía por costumbre y esperó á Luis en su cuarto. Llegó éste con

alguna impaciencia presumiendo encontrarla sin vestir. Al verla, se detuvo sorprendido por su hermosura.

Llevaba un traje blanco guarnecido de perlas. Ninguna alhaja en el cuello. En los cabellos ligeramente rizados, una pequeña garzota que le daba un aspecto altivo. Se adelantó hacia su marido y cogiéndole la mano, le llevó á la habitación inmediata donde dormía el niño. Apartó la colgadura y se lo enseñó. Luis se inclinó sobre la criatura, la miró en silencio y la besó. El corazón de Elena no cabía en su pecho. Iba á gritar: «Por su amor quédate conmigo.» Pero Luis se incorporó con mucha calma, arreglándose el lazo de la corbata.

La heroica madre comprendió que su última tentativa era inútil, y bajando la colgadura con respeto religioso, como si cerrara un templo á miradas sacrílegas, dijo:

—Vamos.

X

Diana, radiante de orgullo, había tenido entre las suyas la mano de la que la ultrajó, y había mostrado á Lereboulley estupefacto el espectáculo inesperado de la señora de Hérault, atravesando sus salones del brazo de Sir James; y ligera como una mariposa, con su traje de gasa azul, iba de grupo en grupo recogiendo cumplidos y sonrisas. Todas las hermosas mundanas y los brillantes calaveras que había en París se habían reunido en sus salones, y era verdaderamente un cuadro encantador el de tantas mujeres elegantes y tantos apuestos caballeros bailando con grande animación y alegría. Los abanicos, como alas de mariposas, palpitaban sobre los blancos senos; los diamantes brillaban y las faldas giraban con ligeras ondulaciones, como arrastradas en un vuelo armonioso, al compás de las melodías de la orquesta.

Gordo, orondo, florido, Lereboulley rebosaba en medio de aquella concurrencia regocijada. Parecía que él daba la fiesta, paseaba siguiendo á Diana, gozando de los plácemes, comprometiéndola á fuer-